



DIRECTORA

La Serma. Sra. D.^a María de la Paz de Borbón de Baviera,
INFANTA DE ESPAÑA

NÚM. 15

Salamanca 15 de Marzo de 1907

AÑO II

EN SALAMANCA



ENSADO estaba y muy en serio que LA BASÍLICA TERESIANA, á partir del mes de Marzo, se imprimiera definitivamente en Madrid; así lo anunciamos en el número de Febrero, y nuestro artículo *A Madrid*, llevaba el sello de toda la sinceridad de un alma castellana.

Pero el hombre propone y Santa Teresa ha enderezado los acontecimientos y dispuesto las cosas de manera que LA BASÍLICA TERESIANA, que nació y había adquirido vida próspera y fecunda á la sombra bendita del corazón incorrupto y milagroso de la Santa Madre, continúe publicándose en la tierra salmantina, que la insigne Reformadora santificó con su planta y eligió, como merced señaladísima, por depositaria y custodia de sus reliquias venerandas.

Y cuenten nuestros lectores que, al reanudarse en Sala-

manca la publicación de LA BASÍLICA TERESIANA, hemos de ajustarnos en un todo á la forma acordada y definida en la Asamblea teresiana que, en el último pasado Enero, se celebró en el Palacio Real de Madrid, bajo la presidencia de nuestra augusta Directora la Serenísimá Sra. Infanta D.^a Paz.

Escritores de atildado y castizo decir, celebrados artistas, inspirados poetas, una pléyade gloriosa de doctísimos varones y laureadas escritoras pusieron, á raíz de aquella Asamblea, memorable en los fastos de los anales teresianos, sus áureas plumas y mágicos pinceles, su inspiración y talentos, á merced de la egregia Infanta, que acariciaba, con los amores entusiastas del ideal, pensamientos loables de progreso y mejora para su BASÍLICA TERESIANA.

Pronto se vió que el ofrecimiento hecho por los ingenios españoles de colaborar en nuestra revista, era incondicional y absoluto; en Madrid, como en Salamanca, cooperarían con entusiasmo á la realización de los santos y patrióticos ideales que persigue LA BASÍLICA TERESIANA. ¡Que así son de generosos y nobles los hijos de la hidalga España!

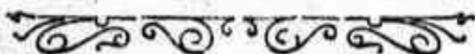
*
* *

La actitud caballeresca y digna de los nuevos ilustres colaboradores, determinó en nuestra egregia Directora el propósito de no interrumpir la publicación de la revista en Salamanca, y así se ha acordado de manera definitiva con el sentimiento y aplauso de la Junta central de Madrid y otras ilustres personalidades, cuya opinión solicitó S. A. R.

—“En Madrid como en Salamanca, han respondido: somos de Santa Teresa y de V. A.,” “Todo por la gran Santa española y por la Princesa bondadosa y buena, pregonera incansable de las glorias purísimas del Serafín del Carmelo.”

También la Redacción de Salamanca es toda de Teresa de Jesús y de la Infanta Teresiana, y con generoso entusiasmo procurará corresponder, en la medida de sus fuerzas, á la confianza y distinción que en ella han depositado.

GONZALO SANZ HERNÁNDEZ.





LAS OBRAS DE LA BASÍLICA



ANTES de dar cuenta á nuestros lectores del estado de las obras de la Basílica Teresiana, lo cual, por encargo especial de la augusta Directora de esta revista, he de hacer periódicamente, paréceme oportuno consignar un ligero extracto de la historia de las mismas, no sólo para conocimiento y antecedente de los numerosos suscriptores nuevos, sino también para recuerdo de los antiguos.

El día 15 de Octubre de 1896, reunidos en Alba de Tormes, villa donde dejó la vida terrenal la incomparable Santa Teresa de Jesús, varios ilustres Prelados entre los que se contaba el Nuncio de Su Santidad, con el objeto de asistir á la fiesta de la Santa, fué tan grande la afluencia de gentes para oír la divina palabra, que no podía tener cabida, sino en exígua parte, en el reducido templo donde se guardan sus preciosos restos; y al ver esto el insigne Obispo de Salamanca y nunca bastante llorado Rvdo. P. Fr. Tomás de la Cámara de imprecadera memoria, marchó, seguido de los fieles que quedaron afuera, á otra iglesia donde les predicó, comenzando su inspirada oración por estas memorables palabras: *Santa Teresa nos pide un templo... ¿se lo negaremos?...*

De aquí surgió la idea de construir una suntuosa Basílica digna de la Santa y capaz de contener buen número de personas; y como la característica de aquel insigne Prelado era la actividad, en tal manera que apenas concebía una idea quería verla realizada, desde aquel día fué éste su pensamiento dominante y no perdió momento para llevarle á la práctica.

Conociéndome de antiguo y en relación constante por estar yo encargado de la dirección de las obras que se ejecutaban en las Catedrales y otros monumentos salmantinos, me comunicó á los pocos días su pensamiento y su entusiasmo; y, para secundarle en la medida de mis escasas fuerzas, obligado por el honroso cometido que me confiaba y que desde luego acepté con júbilo, sin más condición, por mi parte, que la de ser mis trabajos gratuitos, puse inmediatamente manos á la obra; y, después de reconocer el sitio y de adoptar de común acuerdo el más conveniente para el emplazamiento del nuevo templo que había de estar en comunicación directa con el Convento, hice varios croquis y, al someterlos al examen del Prelado, ví claramente su deseo y propósito de hacer, no solamente un templo grande, sino suntuoso, como lo prueba su respuesta al preguntarle de qué materiales había de proyectarle, pues contestó con rapidez y energía: *De piedra todo. ¿Qué menos para Santa Teresa?*

Hé aquí la razón por la cual procuré proyectar un templo grande y rico, interpretando con ello las elevadas ideas y siguiendo las inspiraciones del ilustre Obispo.

En la Memoria descriptiva del proyecto, publicada en los tomos III y IV de esta revista (1.^a época) y luego separadamente en un folleto en folio, impreso en Salamanca en el año 1900, después de resumir la historia del actual Convento y describir su iglesia, expongo todo lo relativo á la elección del solar, fundada en las condiciones á que debía satisfacer, y razono la magnitud dada al nuevo edificio y el estilo adoptado.

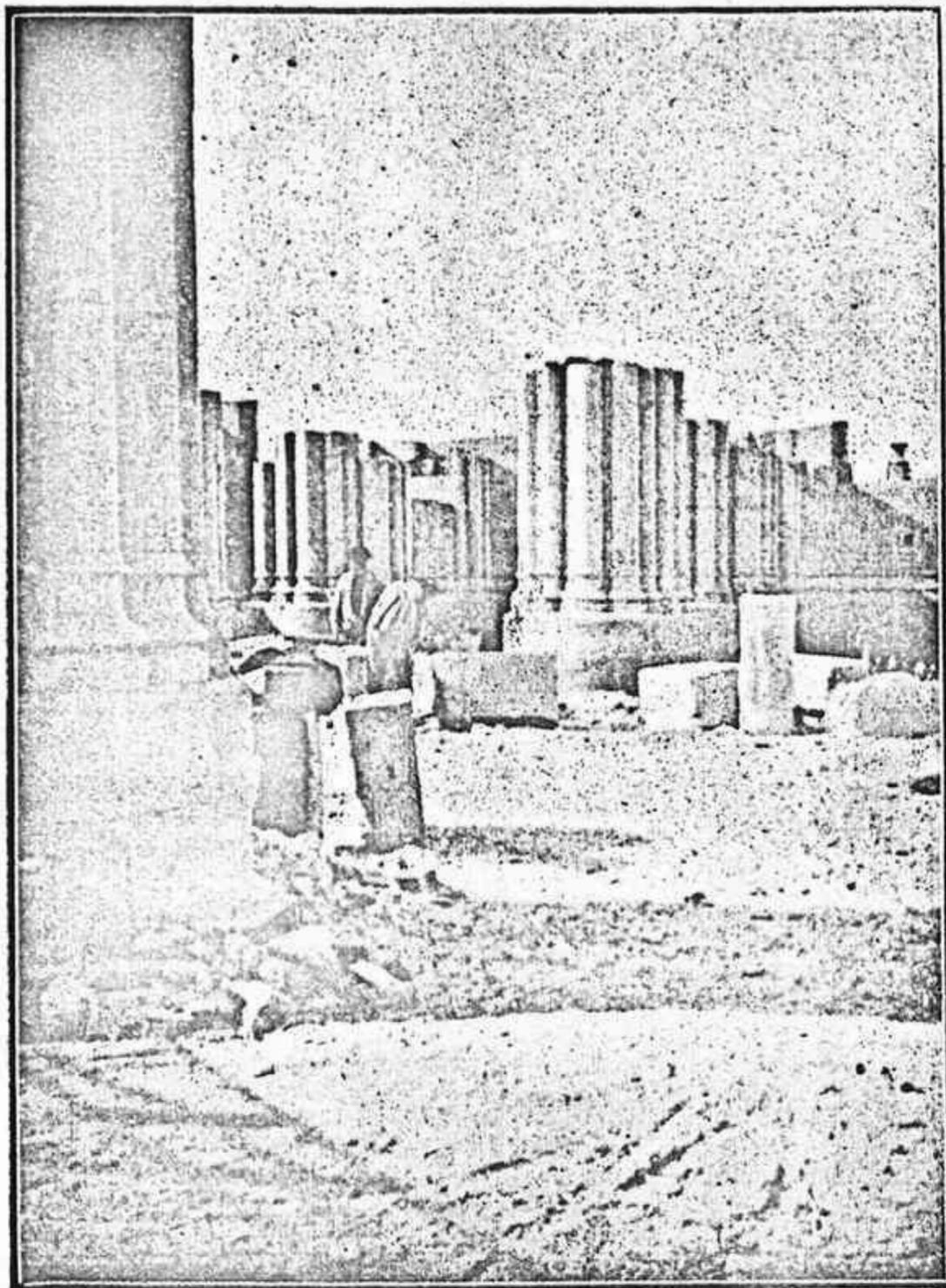
Y como se alargaría mucho este artículo si las repitiera, aquellos de mis lectores que deseen conocerlas ya saben dónde pueden encontrarlas (1).

Para cumplir con las condiciones necesarias á su emplazamiento, fué precisa la adquisición de buen número de casas y, derribadas éstas, se procedió á la limpieza del terreno. Un año después de concebida la idea, el 16 de Octubre de 1897, después de marcados en el terreno los ejes principales de la edificación, se inauguraron solemnemente las obras, comenzando á seguida la explanación total del solar y la apertura

(1) El proyecto fué aprobado por la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando; obtuvo medalla de plata en la Exposición universal de París de 1900 y la de oro en la de Bellas Artes de Madrid de 1901.

de zanjas para los cimientos, muchos de los cuales hubo que excavar hasta gran profundidad para hallar el firme.

El 1.º de Mayo de 1898, día del Patrocinio de San José, tuvo lugar la imponente ceremonia de la bendición de las obras, según el Ritual, y la colocación de la primera piedra de los cimientos, en el sitio correspondiente á uno de los pila-



DETALLES DE LA CAPILLA EN CONSTRUCCIÓN

res de la capilla mayor, lado del Evangelio, en cuya ceremonia estuvo representada S. M. la Reina Regente por el Sr. Duque de Tamames, asistiendo las autoridades salmantinas, las locales, la Junta de señoras, otras ilustres personalidades y numeroso pueblo.

Todo lo que antecede se halla descripto y detallado con ilustraciones fotográficas en los correspondientes números de esta Revista.

Desde aquel memorable día se procedió, sin levantar mano, á la cimentación del templo, habiendo sido encargado de la conducción de los trabajos el inteligente Ayudante de Obras públicas D. Anastasio Corchón, que ha permanecido al frente de las mismas hasta su suspensión en Junio de 1904.

Tan importante parte de la construcción se ejecutó con el esmero y cuidado requeridos por las fábricas que habían de sustentar, comenzando el 23 del mismo mes de Mayo de 1898, por el punto más bajo correspondiente al ángulo Sudoeste del templo (1).

Como parte de la cimentación sobresalía sobre la rasante del terreno, por ser más alta la que había de tener el pavimento del templo, se construyó con sillarejos de piedra granítica, lo cual la daba aspecto de obra de sillería y gran solidez.

Durante los meses de invierno hubo necesidad de suspender las obras á causa de las fuertes heladas. En Julio de 1900, quedaron enrasados los cimientos de los muros y pilares hasta el crucero, y á fin del mismo año se terminó por completo la cimentación y comenzaron á colocarse las losas de erección y, sobre ellas, las dos hiladas de piedra granítica que constituyen el zócalo general del edificio.

Encima de este fuerte zócalo, que dibujaba perfectamente sobre el terreno la planta de la Basílica, se han ido colocando, con una pequeña grúa adquirida al efecto, los sillares de piedra franca, de formas y magnitudes diferentes, con todo detalle dibujadas y acotadas en las "Memorias de cantería".

Fué alzándose la fábrica poco á poco, según lo permitían los fondos, contorneándose los haces de columnas de los pilares con sus molduradas basas, abriéndose los huecos de puertas y ventanas en que se acusaban los parte-luces y mostrando á las gentes algo de lo que aquello iba á ser; y en tal estado la obra, cuando por su parte anterior, ó sea desde el crucero hasta los pies del templo ó fachada principal frente al Sur, alcanzaba una altura de próximamente cuatro metros, el Sr. Obispo, cuya salud estaba quebrantada ya hacía algún tiempo, falleció en Villaharta á 17 de Mayo de 1904, es decir,

(1) En mi artículo del tomo II de esta revista, en la 1.^a época, página 400, se detalla la marcha de estas obras.

seis años después del comienzo de las obras, dejando en el mayor desconsuelo á todos los que tanto le queríamos.

Pocos días después hubieron de suspenderse las obras por falta de recursos.

El nuevo Obispo de la diócesis, el Rvdo. P. Valdés, también Agustino, entusiasta de la Santa, y empapado desde lue-



DETALLES DE LA CAPILLA EN CONSTRUCCIÓN

go en las ideas de su antecesor, se preocupó desde el primer momento con la de continuar las obras dándolas mayor impulso. Luchaba, empero, con grandes dificultades; mas, enterada de ello S. A. la Infanta D.^a Paz de Borbón, quien, á pesar de residir lejos de España por estar casada con un Príncipe de Baviera, había seguido con interés y ayudado moral y materialmente al P. Cámara en esta obra, llevada del entusiasmo que le inspira todo lo español y de su amor á Santa

Teresa, decidió, de acuerdo con el Prelado, hacerse cargo de la misma para proseguirla, arbitrando recursos y poniendo en tal empeño todos sus prestigios, talentos y buena voluntad.

Y desde tal punto y hora no descansó para conseguirlo. Visitó las obras en 17 de Enero de 1906; asoció á sus trabajos á la augusta Infanta D.^a María Teresa, recientemente enlazada á su hijo D. Fernando; constituyó una Junta de señoras, eligiendo Vicepresidenta á la ilustre Marquesa de Squilache, cuyo nombre es popular tratándose de toda clase de obras piadosas; nombró un apoderado; reunió varias veces á dicha Junta de señoras y dió nueva organización á esta Revista, de la cual se promete grandes resultados.

En el verano pasado se reanudaron las obras y su continuación se efectúa elevando la fábrica en los muros del crucero y ábside, previos los estudios de los pilares, puertas laterales y enlaces con el Convento, siguiendo su marcha en la medida que los fondos recaudados hasta hora (por medio de una tómbola, suscripciones y donativos), lo permiten.

El estado actual de las obras es el siguiente:

En toda la parte de las fachadas, naves, capillas y pilares, comprendidas entre la fachada principal y el crucero, están sentadas y recibidas las dos hiladas de cantería granítica del zócalo y, sobre ellas, seis de piedra franca con altura total de cuatro metros; en el resto, ó sea, crucero y capilla mayor y capilla del Corazón de Santa Teresa, el zócalo granítico en fachadas y pilares, y en el brazo derecho del crucero se están sentando sillares de piedra franca y preparando otros para continuar por el ábside, á cuyo efecto se han hecho los estudios de detalle y Memorias correspondientes.

No satisfecho de la piedra empleada en la primera etapa de las obras, por las desigualdades de contextura y coloración que se observan en ella y la dificultad de obtener grandes bloques, al reanudarse los trabajos bajo los auspicios de S. A. la Infanta D.^a Paz, traté de obtener una piedra, similar de la empleada, pero de mejores condiciones, lo cual afortunadamente se ha conseguido.

Acordada en la última Junta de señoras bajo la presidencia de S. A., la construcción de una de las capillas laterales del templo que habrá de estar terminada (acaso dos) para el día de la festividad de la Santa, me he ocupado desde luego en disponer todos los dibujos y memorias al efecto, así como

de los modelos de conjunto y de los capiteles, habiéndose levantado los andamios necesarios para esta parte de la obra, que ya va bastante adelantada y para la cual se ha adquirido un torno-cabrestante.

El andamiaje general para el resto de la obra y singularmente para la nave principal y torres, habrá de ser objeto de detenido estudio para hermanar la solidez y seguridad con la economía.

Esta se impone, por tratarse de una obra que se ejecuta con limosnas; y teniendo además en cuenta que los fondos hasta ahora recaudados no permiten darla gran desarrollo, siendo, por tanto, escaso el número de operarios, se ha prescindido del maestro aparejador, pues basta, por ahora, con un oficial encargado tan inteligente y celoso como el que allí presta sus servicios á satisfacción de todos.

Cuando, lo que Dios quiera sea pronto, se disponga de recursos abundantes y se pueda dar á las obras el impulso necesario á su más pronta terminación, será ocasión de pensar en otros medios auxiliares correspondientes al objeto.

E. M. REPULLÉS Y VARGAS.





LA HERMANA MELANCOLÍA

I

En un convento vivía
una monja que pasaba
por santa y que se llamaba
la Hermana Melancolía.
Fruto de savia tardía
que olvidó la primavera,
su rostro de lirio era,
y sus pupilas umbrosas
dos nocturnas mariposas
en ese lirio de cera.

II

Nadie la vió sonreír,
porque quiso en su entereza
ennoblecer de tristeza
el delito de vivir.
Tan sólo, cuando al morir
miró la faz del Señor,
arrojando su dolor
como se arroja una cruz,
mostró en su frente la luz
de un relámpago de amor.

III

Y aquella monja sombría
que nunca se sonrió,
cuando en su cripta durmió
sonreía, sonreía...

¡Hermana Melancolía,
dame que siga tus huellas,
dame la gloria de aquellas
tristezas, oh taciturna!

¡Yo soy un alma nocturna
que quiere tener estrellas!

AMADO NERVO.





EL SANTO DESIERTO CARMELITA DE SAN JOSÉ DEL MONTE EN EL VALLE DE LAS BATUECAS

DESCRIPCIÓN, HISTORIA, LEYENDAS Y TRADICIONES

(CONTINUACIÓN)



EL músico por excelencia de los bosques, el oscuro ruiseñor, llena aquéllos de torrentes de armonía lo mismo al despuntar la aurora que al morir la tarde: la alondra, esa *alegre hija de la mañana*, como la llama Campoamor, exhala sus dulces gorjeos, cruzando el aire cual rápida saeta, mientras el burlón pito-barreno, de brillantes colores, suelta su sarcástica carcajada, y el martín-pescador (que, cual una joya, merece un estuche su precioso plumaje, donde el azul celeste, el verde, el amarillo claro y el de oro se mezclan con colores más modestos) acecha á orillas de las aguas, desde el flexible junco ó quebradiza caña, al infeliz pececillo, de que se alimenta. El abejaruco, de no menos opulento plumaje, vuela veloz detrás de las moscas é insectos, de que se nutre; la oropéndola, de áureo color amarillo, se columpia en su colgante nido, y el gallo de monte, de bonitas y variadas plumas, salta como alegre histrión en las más altas ramas, en tanto que el lindo petirrojo, de encendida pechuga, busca entre la yerba los gusanos y semillas de que se alimenta; y el esbelto abubillo entona su monótono *cu cu*, agitando su cabeza, coronada de plumas como una piel roja de América.

Cuando la noche cubre con sus sombras el valle, entre el suave murmurio de las corrientes y el imponente rumor de las cascadas, se oye en el seno de los bosques el uniforme *cava*, *cava* de la chotacabra, esa ave del crepúsculo, como la lla-

man nuestros campesinos, el grito de *á dormir, á dormir* de su compañero, de muy sabrosa carne, el desconfiado alcara-bán. Convidando al sueño ó á la meditación, desde los huecos de viejas peñas ó carcomidos árboles, los tristes buhos y solitarios cárabos hacen oír su lúgubre grito, acompañándoles por las hondas cañadas y apretadas espesuras de las ingentes montañas los aullidos y bramidos de las reses de la sierra.

Cierran este valle, por el N., un ramal de riscosas montañas, que con rumbo del NO. al SO., arrancan de la áspera montaña la Mesa del Francés y viene á unirse al monte Cabril, que levanta sus dentelladas crestas á 812 metros sobre el valle y 1.412 sobre el nivel del mar: siendo sus relieves más notables el Puerto alto de Monsagro (1.420 metros n. m.), la original Peña del Huevo, que afecta esta forma y el Portillo de la Alberca (1,265 m. n. m.), bajada natural al valle viniendo desde Salamanca: al E. le aísla otro ramal que partiendo del monte Cabril se une con la sierra de las Mestas, en la cual por estrecha y pavorosa cortadura llamada la Cuchilleja y que apenas le permite el paso; rugiente y espumoso el río Batuecas se abre su salida para el valle del Ladrillar, primero de las Jurdes: por el S. le separa de éste en toda su longitud, dicha sierra de las Mestas, que como todas las de este país, trae su orientación de NO. á SE. y se desprende del elevado Pico Mingorro (1 625 m. n. m.) y en la cual descuellan entre sus picos el del Mijal, Migas-Malas, la Collada Suentes (1.470 m. n. m.), el Frontal, la Collada de Valverde, la Campana y el Puerto del Cabezo (920 m. n. m.) que franquea el camino para las Jurdes al otro lado de la sierra; y por el O. lo divide del resto de la provincia de Salamanca un pequeño ramal, pero muy áspero y abrupto, continuación de la cresta de la cordillera Carpeto-vetónica, que desprendiéndose también de la Mesa del Francés, forma el puerto bajo de Monsagro (1.400 m. n. m.) y se une al Pico Mingorro.

Causa de la opulenta vegetación del valle, además de su templado clima, es la abundancia de aguas, que por muchos cauces discurren por él, formando, además, del río Batuecas otros torrentes y arroyos, que bajan de sus agrestes y arboladas montañas, entre los cuales son las más notables El Clavo, Arro-Castaño, el de la Viña, el de las Eras, Arro-Cárbabo, el Ahigal, el Arro-Cabro, el Arroyo Frío, el del Cabezo y otros, de los cuales se hablará particularmente en la descripción del convento.

Su clima es tan templado, que la Comisión del Mapa Geológico de España lo califica de *subtropical* (1), pudiéndose cultivar en él la palmera y el algodónero, como se cultivan ya los olivos, almendros y otros frutales de países cálidos; por lo cual, y al conocer su espléndida y variada vegetación, no pocos escritores antiguos, entre ellos el célebre P. Eusebio Nieremberg en su *Curiosa Filosofía*, libro I, cap. XXXV, lo consideraban como resto ó parte del Paraíso terrenal.

Don Juan Arias Girón, en los artículos que publicó en 1837 en el *Semanario Pintoresco Español*, afirma que el clima del interior de este valle es acaso el más templado de la Península, acercándose mucho al de los países que están bajo la Línea, siendo por otra parte tan intenso el frío en las montañas inmediatas, que se hace muy difícil, si no imposible, doblarlas ya en el mes de Noviembre, que empiezan á cubrirse de nieves y nieblas, de lo cual procede la gran diferencia que se encuentra en la vegetación en el espacio de una legua.

“El contraste que forma esta deliciosa vega con las montañas inmediatas, es sorprendente y raro; por una inconcebible anomalía, presenta la naturaleza los dos polos opuestos de la vegetación, en las montañas malezas, en el valle una opulenta vegetación, que se manifiesta majestuosa y soberbia. Es imposible creer cuando se camina por aquéllas que encierran un paraje tan ameno y delicioso (2).”

Días hay en el solsticio de invierno en que apenas desde el fondo del valle se ve el sol cuatro horas, pues además de su angostura, el desnivel del mismo pasa de 700 metros de profundidad y de más de 1.125 si se toma desde el Pico Mingorro, su más alta cima (1.625), á la salida del río Batuecas al valle del Ladrillar, que está sólo á 500 metros.

El viajero que al visitar el célebre valle se asome al Portillo de la Cruz de Hierro de la Alberca, quedará lleno de asombro y hasta de terror al contemplar aquella solitaria y medrosa profundidad, en la cual va á sumergirse y creará, aunque sea un día de espléndido sol, que se interna en la región de las sombras y las nieblas.

(1) *Memorias de la Comisión del Mapa Geológico de España*, Salamanca.—*Descripción fisico-geológico-minera de la provincia de Salamanca*, por D. Amalio Gil y Maestre, ingeniero del Cuerpo de Minas.—Madrid 1880.—(*Climatología*, página 62).

(2) *Semanario Pintoresco Español*, tomo I. Segunda serie, páginas 95 y 137.—Madrid 1839.

El descenso es largo y fatigoso; saliendo del pueblo de la Alberca (1.068 metros), se dejan los últimos canchales de granito que han de verse durante la jornada para entrar en la formación siluriana inferior, y á poco más se llega á la fuente de dicho pueblo, donde el camino que se inclina á la izquierda deja la Peña de Francia á la derecha, cuya majestuosa mole queda en breve oculta por los relieves del terreno.

Llegados al Portillo de la Alberca y á la Cruz de Hierro que lo señala, se han subido 197 metros en poco más de cuarenta y cinco minutos de marcha. Allí termina el camino transitable, y el sendero que lo continúa, se divide en dos ramales, de los cuales el más largo baja por la izquierda en numerosos zis-zas de no difícil tránsito, y termina en el puente Cimera sobre el río Batuecas, y llevando al viajero directamente á las Mestas, es el preferido por todos los que bajan á las Jurdes.

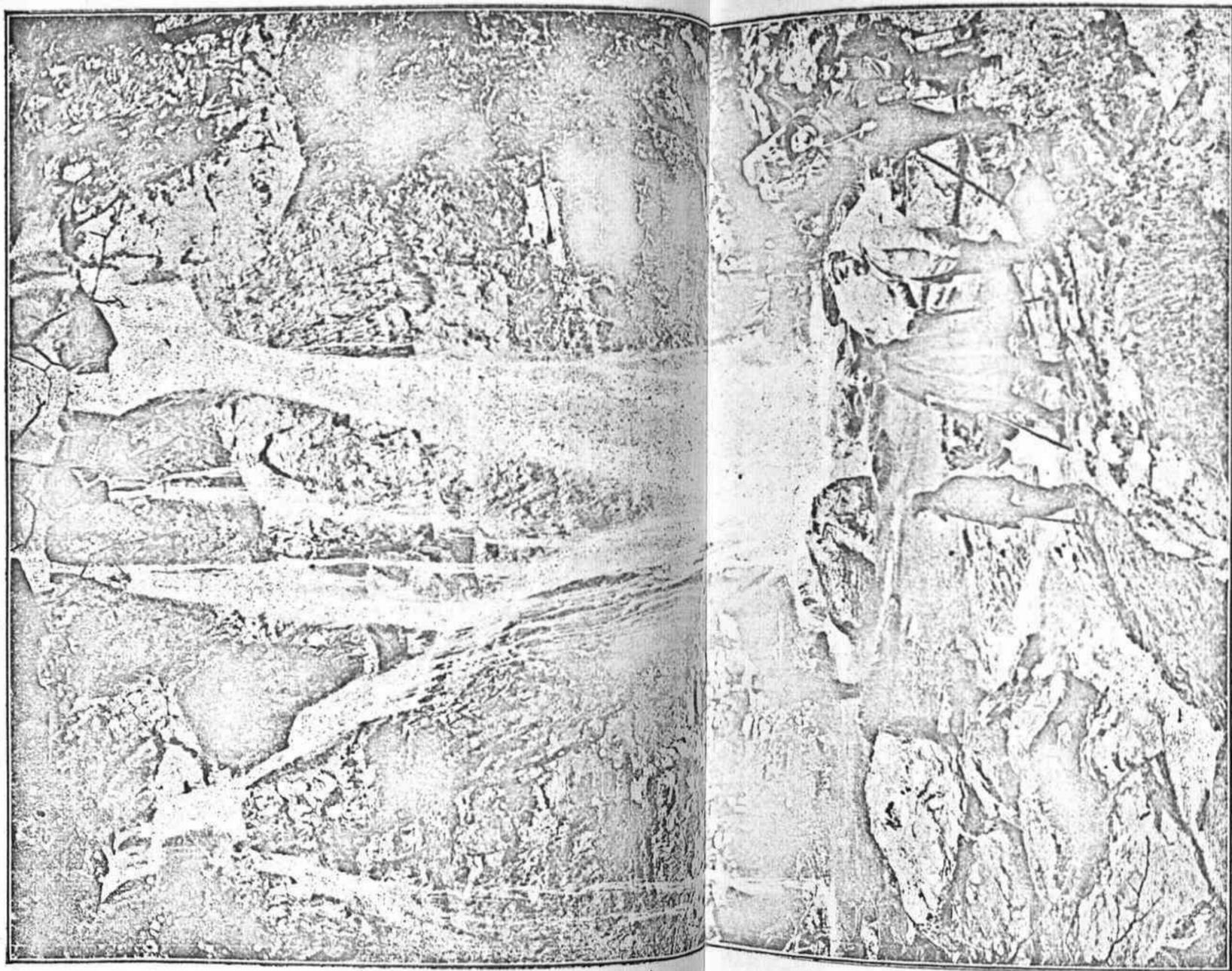
El de la derecha es una trocha pésima, buena sólo para las reses de la sierra, llena de canchales y escabrosidades que se ocultan entre la espesura de aquella montaraz vegetación, y que exponen de continuo al viajero á peligrosas caídas.

Dos horas, dice el Dr. J. Bide, habrán de soportarse toda clase de fatigas antes de llegar á la Cruz de San José (1.020 m) tallada en la roca, habiendo bajado desde la de Hierro del Portillo 245 metros. Desde este sitio, como desde un mirador, puede, mientras descansa, contemplar el viajero el espléndido panorama que ante sus ojos se desarrolla, las enhiestas y ásperas montañas que por doquiera cercan el valle y le enlazan y aprisionan en apretado abrazo, levantando al cielo sus agudas y dentelladas crestas, de raras y capichosas formas, á las cuales frecuentemente envuelven y ocultan blancas nubes de nacarados reflejos ó los sombríos vapores que llevan en su seno las imponentes tempestades que algunas veces siembran la desolación en los pintorescos y alegres pueblos de la Sierra de Francia; y cuando la vista se va acostumbrando á penetrar aquel profundo abismo de rocas y verdor, comienza á registrar sus recónditas y misteriosas hondonadas, percibiendo al fin los árboles y murallas del abandonado convento carmelita, á pesar de hallarse todavía á 388 metros de altura sobre él.

J. VÁZQUEZ DE PARGA.

C. de la R. Academia de San Fernando.

(Continúa).



EL CHORRITUERO

GIGANTESCA CASCADA EN EL PAIS DE LAS ANTIGUAS BATUECAS



EL ALMA DE SANTA TERESA

EN SU ESTILO Y LENGUAJE

INTELIGENCIA de ángeles había de tener todo aquel que osara tomar la pluma para tratar las cosas de la Madre Teresa de Jesús; labios de querubines el que se atreviera á tomar en los suyos, impuros y terrenales, el nombre de tan excelsa mujer. No sé qué tiene de níveo y delicado, y cómo si al llegar de las manos hubiese de empañarse cuanto atañe á las vírgenes; y fuera de la que lo es sobre todas, Teresa de Jesús paréceme un finísimo brillante de los que tachonan el camarín de Dios, tan único y de tan deslumbradoras luces, que siempre tuve á temeridad y caso de profanación tomar sus libros para más de aprender, acatado y tembloroso, de sus celestiales doctrinas. ¿Por dónde íbame á desmandar yo á juzgar con mi mezquino entender nada de lo que á ella tocase? Sobre lo árduo de tan más que humana empresa, viene á acabar de dejarme más perplejo y embarazado el deseo manifestado por S. A. la Infanta de España, D.^a Paz, de que escriba alguna cosa acerca del castellano y del lenguaje de la Santa. Yo me siento tan apesadumbrado bajo el peso de esta para mí honrosa carga, pero carga al cabo y á la postre que pesa sobre mis hombros más de lo que ellos sufren, que ruego á S. A. R. y á los demás que me leyeren, no reparen en lo descosido y pobre de mis ideas y lo des-

mañado de mis palabras en trance en que no soy dueño de mis escasas fuerzas para discurrir y hablar con la serenidad y maestría que el asunto pidiera.

Acerca del lenguaje de Santa Teresa pudiera sacarse un juicio claro y terminante de dos premisas que pasan por averiguadas, y no dejan de encerrar, lealmente hablando, ciertos visos de verdad. Conocido es el dicho del gran Emperador Carlos V, bien enterado en los principales idiomas europeos, de que el castellano es la lengua para hablar con Dios. Por donaire pudiera haber repuesto Santa Teresa que, para hablar con Dios, la lengua mejor es la que no habla, la del silencio. Pero demos que también la lengua haya de emplearse en alabar á Dios, como David lo hacía en sus salmos, y la Santa en sus villancicos. Si con Dios se pasaba días y noches la extática Virgen de Avila conversando con Él familiarmente y mano á mano, como pocos de los más regalados Santos, habremos de inferir que el lenguaje de la Santa, tan hecha á tratar con Dios en la lengua para ello más apropiada, es el más divino y soberano de los lenguajes. Lo cual me ataría á mí de pies y manos si, asiendo desatentadamente de este cabo del hilo, me empeñara en deshilar todo el ovillo, para tornar á enhilar un vistoso panegírico de variados encarecimientos y apasionados elogios, descaminándome así del intento que me he propuesto, de ir á buscar la verdad, fuese cual fuese, en unos escritos, cuya más alta virtud y aliciente está, sin duda alguna, en reflejar, como en un limpio y transparente estanque, el alma entera de la más sincera de las santas y escritoras.

El que se pone á escribir va muy puesto en que ha de hablar con la pluma bien de otra más levantada y elegante manera, de como habla á diario con la lengua. Sabe que es un arte dificultoso y muy cuesta arriba, que es un asunto de peso y harto serio eso de dejar estampado su pensar y á la luz del día, su sentir y querer, á merced de todo el que quiera enterarse, y como en testamento imperecedero para los tiempos adelante, abierto á los ojos de las gentes. De aquí que, cuando nos avistamos por primera vez con un escritor, por cuyos libros le teníamos en singular aprecio, suele acontecer llevarnos un solemnísimos desengaño, al ver y tocar con las manos que es un hombre que habla y discurre más ó menos como el resto de los mortales. Derrúmbase

de golpe el pedestal, sobre el cual le había encumbrado nuestra fantasía, y si no somos unos necios que le menospreciamos, en lugar de caer en la cuenta de nuestro poco seso, nos persuadimos una vez más de que el escribir es un arte, que dista bastante del palique en que pasamos y divertimos un rato con nuestros amigos, y que, por el mismo caso, hay siempre algo de amanerado y hechizo, que ha de despintar algún tanto el alma del artista, coloreando su natural espontáneo con matices rebuscados y más ó menos ajenos á su ordinaria manera de expresarse.

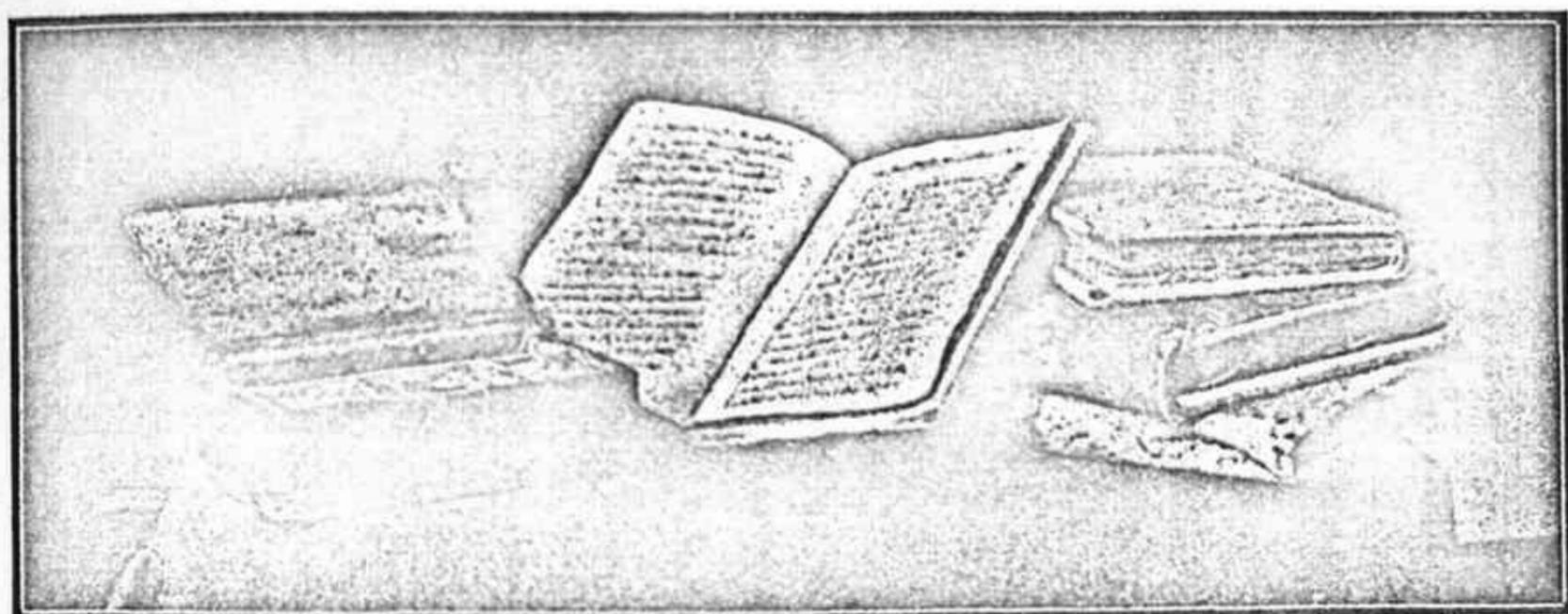
Santa Teresa es de los raros casos en que podemos quedar seguros no haber entrado á la parte en sus escritos el menor elemento estético allegadizo, convencional ó afectado. Lo que en ellos hubiere de estético, á buen seguro que es de su propio natío.

Menudéase, más de lo que la verdad pidiera, con los escritores, esta mentirosa loa de que escriben como piensan, sin rebozos de postizos afeites. Ello es más raro y dificultoso de lo que cabe pensar. De la Santa no hay duda. No quiere de suyo escribir, ni le pasó en su vida por el pensamiento que lo que á ratos perdidos deja en sus papeles por orden precisa de quien le puede mandar, ha de ir á parar á otras manos que á las de sus hijas, que nada saben de achaque de literaturas. Su escribir es llanamente su hablar.

No busquemos, pues, en sus escritos aquellos exquisitos rodeos y acabadas maneras que pudiéramos requerir y aun exigir en un artista de la palabra. Digo mal. Lo que no le demandaremos será cierto atildamiento retórico, y un no sé qué de recortado, limado y repulido, que en los escritos de algunos autores, por encubierto y bien disimulado que esté, lleva el recuerdo á los afeites que ciertas damas sobreponen á la frescura nacida del cutis. No negaré yo, que cuando en ello ha andado la mano bien amaestrada de algún perfumista consumado, digo de algún maestro del buen decir, no añada algún matiz halagüeño y agradable á los que gustan más bien de apariencias, no pagándose tanto de lo natural, si se nos ofrece menoscabado con las mellas que en hombres y animales, plantas y piedras, echamos de ver á cada paso. Gloria da ver algunas caras así repintadas, mayormente á la luz artificial de calles y salones, y no deja uno de pasmarse de la destreza y artificio del que por tan maravilloso arte manejó pas-

tas y pinceles. Pero los colores y el frescor de rosa en las caras que los llevan cual Dios se las dió, engendran en el pecho un sentimiento algo más hondo y entrañable, que se derrama y desaparece poco á poco y deliciosamente por todo nuestro sér, y nos levanta en alas de ese pío general del alma humana en busca de aquella soberana y no creada hermosura, tan cantada por místicos y poetas, de la cual es sombra y mal rasguñado bosquejo toda otra belleza fabricada por manos de hombres mortales y menguados.

Es corto en sus entendederas el alcance de los nacidos.



TINTERO Y OBRAS AUTÓGRAFAS DE LA SANTA MADRE, que se conservan en el Real Monasterio de El Escorial

Las que pasaron en ciertas épocas por tachas y descuidos que parecían afejar y emborronar la hermosura y concierto del universo, son hoy día para los sabios recamos y joyeles, que lo realzan. El arte ha abierto también los ojos, y ya no pretende enmendar á la naturaleza, encerrando sus obras en los cánones estrechos de la teoría. Lo natural es harto más enrevesado y tiene sus raíces más hondamente entrelazadas, embrolladas y desparramadas, de lo que aparece en la sobrehaz de las cosas. El arte, que ha de retraer y reflejar á la naturaleza, será un muy chico y aññado arte, si con esas apariencias se contenta; ha de ahondar y cavar como ella, algo más, si quiere bien imitarla. El universo es vida, y, por lo mismo, lucha nunca acabable. Y ese luchar, que es su vivir, es su verdadera alma, la cual se manifiesta en el abigarrado enredo de los fenómenos, de los combates, digamos, á diario entre los séres todos.

El color, el semblante, las apariencias de las cosas, si arraigan en la primitiva traza que se transparenta en su estructura íntima, no menos se deben á ese su perdurable y jamás cansado luchar y contrastarse entre sí. El ejército retorna del campo de batalla, vencedor ó vencido, muy de otra suerte que salió á ella del cuartel. Si vistoso era su orden y bizarros sus arreos al marchar, más para pensar y sentir es el polvoriento y ensangrentado porte con que vuelve.

Un discurso á lo Solís en el Senado de Tlascala, ó de Cicerón en los rostros de Roma, que cierra con el enemigo, en prieta y bien concertada falange de argumentos certeros; períodos atronadores, frases relampagueantes, es un pasmo de simetría y de belleza, que pudiera parearse á la línea no rompida de batallones, que desfilan al hacer la muestra y parada antes de salir al campo. Pero dadme otro pedazo de elocuencia, roto en mil girones, chorreando sangre verdadera y encarnada, á lo Mirabeau en la Asamblea revolucionaria de París, ó á lo Demóstenes contra los filipizantes en el Pnix de Atenas. Allí admirábamos la belleza en su idealismo teórico y de alarde; aquí nos estremece la lucha de la vida real, el chispear de las espadas, el estruendo de las máquinas mortíferas; y esa lucha es más poderosa á arrebatarnos, cuanto más llegada á los hechos, y de mayor alcance filosófico para el contemplador de la naturaleza.

JULIO CEJADOR.

(Continuará).





HISTORIA DEL REY QUE NO FUÉ Á BELÉN

I

HADAR, soberano de Cingal, hallábase una noche en los jardines de su palacio, de fiesta y gran banquete, en compañía de numerosos próceres, alegres todos por los varios generosos vinos y manjares delectables. En derredor de la mesa del festín, que iluminaban grandes candelabros áureos y tederos con hachones de maderas aromáticas, estaban perezosamente recostados el monarca poderoso y sus ya ahitos huéspedes, sobre lechos de bronce y joyante seda púrpura, debajo de suspendidas guirnaldas de nardos y rosas, y de una hilera de ventalles de abigarradas plumas, sujetas á pértigas largas y flexibles, que, con gravedad solícita, mecían de continuo sendos esclavos, para osear las moscas y demás insectos importunos, refrescando de paso el estuoso ambiente, saturado de esencias y perfumes.

Era la noche clara y cálida. No había luna. En el obscuro azul del cielo brillaban millares de estrellas y luceros, derramando su luz pálida y misteriosa sobre el haz de la dormida tierra. En derredor del cuadro de claridad rojiza que despedían las luminarias humeantes de la mesa del banquete, todo era penumbra plateada, por donde se divisaba el ir y venir, como de bultos movedizos, de los siervos porteadores de ánforas y fuentes de metal, á las cuales, á veces, arrancaban fugacísimos destellos, ora las llamas de tederos y candelabros,

ora los rayos de alguno de los infinitos tachones argentinos de la celeste esfera.

Detrás del lecho en que muellemente Hadar se reclinaba, por cima de la mancha negra de unos árboles, erguíanse en la sombra los muros elevados y más sombríos del alcázar, con sus torres y almenaje, recortándose en el azulado claror del inconmensurable espacio. Delante de Hadar extendíanse los floridos pensiles regios, donde, á lo lejos, algunas aves ocultas exhalaban al aire sus melodiosos trinos.

Por ancho claro ó roto en la espesura de la fronda, Hadar divisaba frente á él, abajo, á distancia y en el llano, las innumerables terrazas y techumbres de su capital, bañadas en resplandor velado y apacible. Más lejos todavía, contemplaba distraídamente el rey, sumidos en un baño de niebla sutilísima, como en ambiente de sueño y con aspecto de cosas fuera del mundo real, bosques de palmeras semejantes á negros penachos ondulados, y dormidos campos, y rústicas alquerías esparcidas por ellos, y fragantes vergeles de cinamomo, y florestas intrincadas, y soberbias quintas de recreo, y las cúpulas ponderosas de alguno que otro solitario templo, surgiendo cual flores ó frutas ingentes por cima del ramaje tupido de los recintos sacros. Más allá todavía, del lado del Oriente, cerraba el horizonte la línea sinuosa de una cadena de collados azulencos.

Y como Hadar, una vez, en los collados posase la vista por ventura, parecióle notar que, por cima de la cumbre de ellos, esplendía en la noche cierta luz difusa, singular y vívida, de purpúreo tinte, mucho más bella y brilladora que la luz que precede al orto de la luna. Extrañado el rey, paróse mudo y grave á contemplar el fenómeno celeste. Los cortesanos, en notando el silencio de Hadar y la fijeza de su real mirada, volvieron todos la vista hacia el punto en que el monarca clavada la tenía, y todos, cual el monarca mudos y graves, vieron con Hadar cómo poco á poco iba surgiendo, por cima de los oscuros alcores azulados, y remontándose majestuosa y lenta por la celeste bóveda esclarecida, una estrella grande y blanca, de larga cola, parecida á un haz de rígidos hilos de oro, á cuya cegadora luz súbito empalidecieron y se esfumaron los más fúlgidos luceros.

El rey, de un brinco, se había puesto de pie; embargaba su ánimo espíritu de miedo, y, en lo fruncido de sus cejas, la

lividez del rostro, y la contracción de sus tórcidos labios, se hacía patente la inquietud que le causaba la aparición imprevista de la estrella, présaga de sucesos para él quizás terribles y fatales. Igual pavora se pintaba en el gesto de los circunstantes próceres, esclavos, servidores y guerreros.

Y fué el silencio como el que reina de noche en derredor de las tumbas solitarias. Sólo se oía el susurro manso del aura entre la fronda y el cantar cristalino de un surtidor cercano. Mas de pronto rasgaron por doquier el aire trinos y gorjeos suaves y melódicos, alegres y triunfadores, desfallecidos ó vibrantes, monótonos ó varios. Eran las aves de los pensiles palatinos, que, á una todas, en conciento inspiradísimo, saludaban á la estrella de la cola de oro, más fervidamente canoras que al despuntar del alba, nuncio de venturoso día.

El rey por fin habló:—Despejad—dijo con voz bronca y haciendo breve seña.—Para hablarme, que al punto acudan á mi cámara los magos y sacerdotes de los templos, y mis adivinos, zahoríes, taumaturgos y profetas, y cuantos hombres doctos tengo á mi servicio, para que lean y averigüen el sentido oculto de las cosas.

Y, sin añadir palabra, el rey Hadar, con mucha dignidad, rebozado en su manto de púrpura y baja la cabeza, tomó á pasos lentos el camino del alcázar, seguido y precedido por los mil guerreros de su guardia, que iban todos con la espada desnuda sobre el muslo.

Retiráronse también los próceres, por grupos, murmurantes y medrosos, y sola quedó la espantada servidumbre, recogiendo las sobras del festín, bajo la luz intensa del lucero penachudo, que, bañándolo todo en claridad más que meridiana, hacía parecer mortecina la otra luz de cuelmos y candelabros, allí prendida por mano de los hombres.

LUIS VALERA.

(Continuad).





EL SENTIMIENTO

(CONTINUACIÓN)



No se hagan ilusiones esos seres; no hay victoria sin lucha, no hay lucha sin sufrimiento, no hay sufrimiento si no existe la facultad de sentirlo. «O padecer ó morir», como dijo Santa Teresa. El soldado mercenario no va al combate ni á la victoria, como con gran desprendimiento de todo va el soldado de la patria; el que *siente* la causa que defiende, el que ama la bandera, por la cual sufre y se bate. Esos seres serán eternamente, todo lo más, como una reserva que no entró nunca en fuego; que tranquilamente y con *la virtud al hombro*, presencié el terrible combate resguardada tras de la montaña del egoísmo, tras del bosque de la indiferencia ó en la zanja de la ignorancia y de la rutina; que pudo, tal vez, en su soberbia, creerse capaz de todo, pero que no vertió su sangre, ni conquistó con el sufrimiento el laurel de la victoria, como lo hicieron los valientes y sufridos soldados de sus guerrillas, diezmados por el infortunio.

Argucias sin fin, pretextos por millares, teorías absurdas con apariencias racionales inventa el alma cobarde que no quiere ir á la lucha, que huye el trabajo del corazón, como lo hacen los que en la vida material, haraganes ó cobardes, rehuyen también el acudir al taller ó á la guerrilla. Y después de haber forjado una fe extraña para un uso hipócrita, forjan á su modo y uso también otra de las más altas virtudes cristianas; la resignación. La resignación para esos seres es el reconocimiento de inferioridad elevado forzosamente á virtud por el convencimiento de la impotencia; es el ejército que en la guerra se retira antes de pelear, conceptuándose inferior al enemigo, sin probar siquiera á sacar incólume, á costa de sangre, el honor de la bandera. Resignación es, para otros, el *sacrificio* consciente que se hace de la propia voluntad (y voluntad es fuerza) ante la voluntad divina; es la aceptación franca, sincera, valerosa del dolor y de la lucha; es aceptar la batalla contando con la derrota, es el orgullo de ser vencido por un contrario tan poderoso como su Dios, pero dejando como él lo hizo en el vencimiento de la Cruz, las huellas de la sangre como galardón de gloria, como honrosa prueba de la derrota, llevando con orgullo en el corazón las cicatrices de la herida.

Esa es la verdadera resignación. ¿Por qué? Dios lo ha dicho, yo no. «Coja cada uno su cruz y sígame»; fueron sus divinas palabras. ¿Dónde está, pues, la cruz, si no existe el sufrimiento? ¿Qué espíritu hipócritamente religioso anima á esos seres, más adoradores de la placidez de su carne que del tormento de su espíritu y de la obediencia á su Dios? El Sér Supremo no creó nada inútil y cuanto hay en la creación y en el hombre, tiene su fin y un medio de cumplirlo. Al hacer al hom-

bre á su semejanza y darle un pedazo de su espíritu, no sería, ciertamente, para que de nada sirviera, ni para que el hombre no lo utilizara para su misión en la vida.

He oído decir de algún padre que al perder á sus hijos se sentaba al piano ejecutando su repertorio más alegre, como queriendo demostrar una absoluta conformidad con aquella falta absoluta de sentimiento. Veo con frecuencia también, achacando á resignación lo que es indiferencia y terror al sufrimiento, seres sujetos á contrariedades y dolores, manifestarse á sus semejantes como seres ahitos de satisfacciones. ¡Horror! Dios nos dió los hijos, más suyos que nuestros, pues Él fué el que les dió el soplo de vida y nosotros sólo la carne, y nos los dió como en depósito para que los amáramos y para que, cincelandó con el amor sus facultades, los devolviéramos á Él dignos de entrar en su seno, creando como premio de esta labor, el cariño paternal, el más grande de los amores. El drama del Calvario no hubiera alcanzado toda su sublime grandeza, si al pie de la Cruz, y dándonos ejemplo, hubiera faltado aquella Madre ideal; aquel Sér sublime é incomparable, cuyo dolor, no regateado, era tan grande como su resignación, tampoco discutida.

Los que obran de ese modo son soldados cobardes que desertan cuando aparece el peligro. ¿Dónde dejaron la cruz que Dios echó sobre sus hombros? ¿Por qué razón no quieren esos seres soportar el dolor que Dios les impuso y disfrutan, sin embargo, de las dichas y alegrías que les otorga? ¿Por qué, al recibirlas no las apartan también á un lado y continúan la marcha en su olímpica indiferencia? ¡Horror! vuelvo á repetir. Dios nos impuso la cruz de la vida para que la llevemos con todo su peso, como Él llevó la suya; no para que la hagamos de ligero corcho ó para que carguemos toda su pesadumbre sobre el Cirineo de la indiferencia, revestido hipócritamente con ropaje de virtud.

La conformidad del bien puede ser alegre; la conformidad de la pena tiene, necesariamente, que ser triste y en esa tristeza, hija del sentimiento, está el Calvario de cada uno en la tierra. Cristo mismo en su terrible pasión, llega al límite de la pena y pide á Dios «pase de Él aquel cáliz de dolor», pero ante la voluntad del Padre, apura sus heces, es cierto, pero sin afirmar que son dulces, sino que son amargas. ¿Por qué no hemos de confesar nosotros que la lucha es terrible, el peso enorme, sangrienta la batalla, pero sin abandonar nunca nuestro puesto y orgullosos de pelear á las órdenes de nuestro Dios, soportando con dolor, sí, pero con honrosa entereza, la tristeza de la derrota? ¡Ah! esos seres, sin la grandeza de Job, al rechazar el sentimiento de la adversidad, se parecen á aquel, cuando ofendiendo á Dios, le dice las palabras arriba copiadas: «En tu oscura creación sólo es feliz lo que duerme». Y la indiferencia, no cabe duda, es el sueño cínico y mortal del sentimiento.

Y téngase en cuenta que no es posible descartar la indiferencia del egoísmo: es una dualidad de la misma diátesis moral, por que la indiferencia es la exclusión de todo amor, de todo sentimiento altruista y en el sér en que impera esa dieta del alma, tiene que predominar forzosamente la hartura del cuerpo, que es el bello ideal del egoísta. Todo el código de esa despreciable ralea que ofende á la humanidad como obra divina, está encerrada en un solo artículo que, en broma ó en serio, ha tomado puesto en la moral al uso. *La caridad bien entendida empieza por sí mismo*. Por de pronto la caridad viene ahí calificada y la caridad no tiene adjetivos, es simplemente caridad. Y por ser tan sublime y tan grande, no admite, como el concepto de Dios, de quien es substancia, más que una sola noción, una idea absoluta, la caridad. Universalicen, pues, ese principio, pero cuando el infortunio

se cebe en ellos, al llamar á la puerta del prójimo, hallarán el infierno que crearon y tendrán que exclamar con el Dante: *Lasciate ogni speranza*. ¡¡Desgraciados!!

Argüirán algunos de los que ahora gobiernan la moral y las conciencias, que el ser humano sometido á tal resignación y empujado por tal fe, constituiría una sociedad inhábil para la lucha, una generación minada por el misticismo y la misantropía, un espíritu milenario desencantado de la vida. ¡Error! Un simple razonamiento, uno solo, bastará para destruir tal sofisma; el soldado aguerrido es el mejor soldado; el hombre templado en el continuo batallar de la vida es el más animoso en sus empresas; sobre todo, cuando en la lucha del mundo no tiene que batallar contra su Dios. No pedimos que el hombre guste sólo del dolor sin saborear el placer, no, sino que librándose de la hartura de éste y sometiéndose á juiciosa dieta, prepare el paladar para las moderadas satisfacciones de la gula, en una palabra, según decía Job: «el apartarse de lo malo es la inteligencia».

No ha sido nunca el más viril el pueblo más alegre, ni la alegría es garantía ni síntoma exclusivo de fortaleza: nadie más alegre y menos fuerte que el beodo. Roma cayó bajo la masa adusta de los bárbaros cuando su carcajada fué más sonora: el godo-hispano se rindió á la media luna, cuando la bacanal era la forma de gobierno en toda España: Bizancio vió profanar su Santa Sofía por Mahomet I cuando el placer llegó á la apoplejía: Francia tuvo su Sedán y lo volverá á tener, mientras París sea la continua exposición universal del deleite y de la alegría. Los pueblos serios son y han sido siempre los más fuertes. Comparemos nuestra propia historia y veamos lo que hoy somos, coronados con el pámpano de Baco, y lo que fuimos, cuando nuestras sienes eran ceñidas por el yelmo del guerrero, por la aureola del santo ó por el birrete del filósofo.

Esos pueblos que, faltos de pudor moral, cantan sus penas, no sirven para nada, cuando no sirven ni para sentir las; porque las penas no se cantan, se sienten ó se lloran ó, si á mano viene, se maldicen. Ahora bien; cuando se pretende arrancar á la humanidad todo rastro de ese lazo espiritual del sentimiento que á la divinidad la une, entonces es lógico ese himno universal á la alegría, y siempre el ser de amplia conciencia encuentra en ella acomodo para vanas razones que autoricen ó disculpen el pecado. Pero no olvidemos que hay siempre en la mano de Dios un Ati-la para los pueblos degenerados y que para la lógica de la razón, mudable con los tiempos, está la lógica del corazón que ha sido siempre eterna.

No menores han de ser las argucias que, por ser femeninas han de ser interesantes, han de salir de labios hechiceros, ocultos, tal vez, tras del abanico contra algo de lo que hemos dicho y contra mucho de lo que nos atribuirán. No es la vida de cilicio, de disciplina, ni de reclusión para la mujer la que ensalzamos; no, de ninguna manera. No pretendemos robar al mundo, á la sociedad y al hombre, los encantos de la mujer; antes bien, queremos completarlos con los que la hacen más eternamente bella, con la belleza espiritual que refleja en el semblante el alma apasionada de lo bueno, de lo noble y de lo bello; queremos establecer las naturales jerarquías del deseo en la mujer, colocándola en su orden y puesto verdadero, y no hemos de oponernos á que en ella se desarrolle el sentimiento de lo bello, que en su espíritu debe ser innato y debe por lo tanto reflejarse en su cuerpo, que debe llevar la distinción de la elegancia como su alma la distinción indiscutible de la virtud y su inteligencia el atractivo de una esmerada educación bajo todos conceptos. Ahí está la belleza casi absoluta, y para alcanzarla no es menester encerrarse en un claustro: basta sólo encerrarse constantemente en el templo del sentimiento. Una gran Señora que ha comprendido la belleza tal como la acabamos de exponer y que, por lo tanto, ha sido una gran madre, indiscutible, irremplazable, ha dado

ejemplo en España, de cómo se educan los hijos y de cómo se alcanzan todas las virtudes. Hé ahí un modelo, tal vez único, absoluto, que imitar. Podrá la historia juzgarla como quiera; como madre, es indiscutible.

Prueba de que no pretendo para la mujer un ascetismo, que no yendo acompañado de un espíritu delicado como el de Santa Teresa, sería no más que una rutina estéril para la tierra y para el cielo, prueba de ello es que cuando contemplo marchar á la sociedad y á los Gobiernos que la dirigen; cuando reflexiono que más de la mitad de la humanidad pertenece al sexo bello, ¡más de la mitad! y veo á Gobiernos, Congresos, Escuelas, á todo el mecanismo social ocupado en dar á la actividad masculina, campos cada vez más extensos para su desarrollo, para su misión, para el perfeccionamiento de esos medios, me pregunto admirado, cómo esos hombres se olvidan que hay aun más de otra tanta humanidad, cuyo campo, el sentimiento, nadie se ha ocupado de preparar; cuyos medios, la virtud, nadie previene; cuyos fines, el amor, nadie facilita; cuyo freno, la religión, no se inculca hasta lo último. Y veo á las naciones preocupadas en hacer médicos y guerreros y filósofos é ingenieros y en hacerlos perfectos y no las veo preocupadas en hacer esposas, en hacer madres, en crear, como he dicho, al primer maestro del hombre, á su único compañero, como si esa mitad humana fuera casi un factor despreciable en la humanidad, y como si fuera más importante crear una fábrica ó una industria que crear un hogar, donde al fin y al cabo el hombre vive eternamente y es el surco verdadero de donde sale la patria.

Mal vamos. El cultivo de la inteligencia en el hombre, va hoy por caminos no muy acertados: el cultivo del sentimiento en la mujer es casi nulo. Cuando la cabeza rige mal y el corazón no existe, ¿qué puede esperarse? ¿No es la mujer la más interesada en ocupar su verdadero puesto? ¿Que hay luchas? ¿Que hay sufrimientos? Mejor. Azotada un día por el infortunio, acariciada otro por el triunfo, la bandera honrada y gloriosa de los héroes y de los mártires, avanza majestuosa y sublime ante las muchedumbres que á su paso se descubren con admiración y respeto.

Por lo demás, luzca sus galas propias y robadas que es el espejuelo que las deslumbra. No hemos de pedir á la mujer que renuncie á sus encantos como no pediríamos á la Naturaleza que se despojara de los suyos. Una y otra son el encanto de la vida y el del mundo. Muestre la mujer su bello rostro como la Naturaleza enseña sus campos floridos: haga aquélla gala de la luz misteriosa y emocionante que en sus ojos enciende un alma hermosa y engalánese ésta con el tornasol inimitable de sus crepúsculos: exhiba la mujer el centelleo de sus alhajas y la espuma de sus encajes, como la Naturaleza los broches de brillantes en el cielo estrellado y la espuma de sus olas en el mar inmenso: lízcanse los colores del iris en los tocados, como las plumas de las aves y las corolas de las flores en los bosques: encante el oído con sus ecos dulcísimos la voz temblorosa y apagada de la pasión hondamente sentida, como nos adormece seráficamente el susurro de la brisa en las selvas y el murmullo de las fuentes en los montes. Realícese todo eso, pero tenga presente la mujer que naturaleza hace sus hechizos obediente á una ley siempre seguida, ofreciéndolos á Dios como homenaje á su grandeza: obedezca aquélla á la ley de la moral y del sentimiento y que ella coordine sus bellezas para ser ofrecidas al bien y á la virtud, pero no olvide nunca que la mujer es la poesía del hombre y si no lo es, sólo es su hembra. Ahora, que ella escoja.

CASTOR AMÍ.

(Continuad).



Por nuestra Reina. — Dos veces podemos llamar con orgullo *nuestra Reina* á la señora augusta que comparte con S. M. D. Alfonso XIII la regia investidura, á la popular, amable y virtuosa D.^a Victoria Eugenia. Una, en cuanto partícipe de la soberanía, y por ende acreedora al respeto, al amor y la gratitud de todos los españoles; y otra en cuanto partícipe de los entusiasmos teresianos en los cuales la real familia española ha querido ser también la primera familia de la nación y, por lo mismo, acreedora igualmente á la predilección, al cariño y al agradecimiento de los corazones que de savia teresiana se nutren.

Sabido es el celo incansable y ardiente que vienen desplegando los augustos moradores del Palacio de Oriente para alentar, difundir y prosperar la obra relativa á la glorificación nacional de Santa Teresa. Y á los ojos están los sacrificios, desvelos y abnegaciones, que en S. A. la Infanta D.^a Paz supone la empresa voluntaria de continuar la suntuosa Basílica de Alba de Tormes, capaz de abrumar á un gigante de tan poderosos alientos, como lo fué el insigne P. Cámara

Todos ellos son títulos que nos obligan á bendecir perennemente la fervorosa piedad de la real familia, y rogar vivamente en esta ocasión á todos los lectores que alcen á Dios sus votos por el feliz alumbramiento de S. M. la Reina D.^a Victoria, para que el fruto esperado de sus entrañas sea para nuestra nación, nuestra dinastía y nuestra Iglesia una prenda de inacabables venturas y un eslabón áureo de nuevas y progresivas esperanzas de estable bienestar.

* * *

Un legado piadoso. — ¡Hermosas lecciones de generosidad nos vienen de fuera! La devoción á nuestra amada Santa Teresa, conforme se dilata, va infundiendo la misma grandeza de espíritu, característica de la gran Doctora, en las almas que llegan á enamorarse de su virtud.

Récientemente ha fallecido en San Sebastián una señora, natural de la isla de Cuba, entusiasta devota de Santa Teresa. Su nombre lo oculta la humildad; su desprendimiento cristiano ha venido á cristalizar, por lo que á nuestro objeto atañe, en un legado cuantioso de 25.000 pesetas, que obra en poder del Prelado salmantino, Rvdo. P. Valdés, en beneficio de la Basílica de Alba de Tormes.

La expresión de gratitud está brotando sola. La Santa, de corazón agradecido, habrá ya pagado con una celestial sonrisa su espléndido rasgo, y los devotos teresianos elevarán á una su plegaria por la eterna paz de la generosa dama cubana.

* * *

El castillo interior. — Según leemos en la importante revista de New York *The Catholic World*, acaba de publicarse en San Luis por la casa editorial de B. Herder la tercera traducción inglesa de este magnífico tratado, que es, á no dudarlo, la obra maestra de la mística española. Los RR. PP. Benedictinos de Stanbrook han llevado la inteligente dirección de la empresa con estricta conformidad al autógrafo, fotolitografiado en Sevilla con motivo del tercer centenario de la Santa Madre, de acuerdo con el entonces Cardenal Arzobis-

po de Sevilla, Emmo. Sr. Lluch y Garriga, que tan gratos recuerdos de virtud y ciencia dejó en su paso por la diócesis salmantina.

**

Después de un silencio.—Dificultades amontonadas en número no imaginado con ocasión del traslado de LA BASÍLICA TERESIANA á Madrid y su regreso definitivo á nuestra ciudad, según se indica en el artículo preliminar, han retrasado la publicación del número correspondiente al mes de Marzo.

La bondad inexhausta de los suscriptores, habrá sabido hacer en honor de Santa Teresa el obsequio de la excusación

Deseosos de cumplir los anhelos legítimos de nuestra brillante legión Teresiana, nos apresuramos á enviarles por el mismo correo los números pertenecientes á Marzo y Abril. Dios mediante, la marcha de la revista se encauzará pronto de forma que jamás vuelva á sufrir demora, entorpecimiento ni desviación de ninguna especie.

**

El Ilmo. Sr. Obispo de Plasencia.—El corazón salmantino está de gala. Y séanos lícito agregar: el corazón teresiano está de enhorabuena. Elevado el muy ilustre Sr. Chantre, D. Francisco Jarrín y Moro, á la dignidad episcopal de la Siila de Plasencia, sólo se esperaban las Bulas canónicas para su fausta consagración. Como aquéllas han venido ya, ésta se determina para el 1.º de Mayo, festividad de los Santos Apóstoles Felipe y Santiago.

Esta promoción, merecida de antiguo, y ardientemente anhelada por todos los salmantinos, ha venido á cumplir el voto comunal de un pueblo y abierto un nuevo horizonte de rosadas esperanzas para la devoción de Santa Teresa en esa diócesis fronteriza.

El Ilmo. Sr. Jarrín, que tanto se ha distinguido por su afecto práctico á la gran Santa castellana, recibe hoy el parabién unánime y sincero de todos los espíritus que comulgan con él en el mismo amor y en análogas aspiraciones. Y nosotros, que auguramos á la diócesis placentina con su nuevo Pastor una era de fecundas prosperidades, nos atrevemos á esperar del entusiasta Prelado, en su nueva esfera, nuevos testimonios de cariño hacia la Santa, cuyos inefables atractivos ni amengua la distancia ni apatina el tiempo.

¿Qué mayor timbre para los Prelados de la tierra que ostentar el glorioso apellido de Teresianos?

**

Ascendiendo.—De la diócesis de Palencia, donde su nombre queda aureolado de gloria, ha sido elevado á la dignidad arzobispal de Sevilla otro Prelado salmantino, el Ilmo. Sr. D. Enrique Almaraz y Santos.

Aunque, á decir verdad, en el fondo de la conciencia pública se esperaba esta elevación, no por eso ha dejado de producir intenso júbilo la noticia.

A nosotros nos ha producido más que júbilo Hemos visto—será sueño, será fantasía, será misterio—hemos visto algo que pudiera llamarse providencia teresiana en la promoción de este gran Prelado, que en fervoroso entusiasmo por Santa Teresa, hoy por hoy lleva la palma en el Episcopado español. ¿Se lo habrá querido recompensar la egregia Fundadora?

No conviene asegurar lo que es difícil columbrar... Pero permítasenos acariciar esta sabrosa asociación de ideas.

Lo que sí sabemos es que el Sr. Arzobispo de Sevilla será también con respecto á la obra teresiana un ascendido de Obispo de Palencia; es decir, que su amor á la excelsa compatriota, lejos de menoscabarse, florecerá con nueva savia en las márgenes poéticas del Betis, y que de allí han de venir con frecuencia los aromas del azahar á orear el sepulcro bendito de la Santa, donde tantas veces ha venido á depositar, hasta ahora, las espigas doradas de la Tierra de Campos. ¡Vayan con él las bendiciones del cielo! ¡Vayan con él los parabienes afectuosos de la tierra! Y ¡reviva en él el santo espíritu de Leandro é Isidoro!

**

La portada de nuestra revista. — Su elegancia artística está de relieve. Cuántas personas la han visto por anticipado, han quedado sumamente complacidas del buen gusto de su composición. No podía esperarse otra cosa del artista genial y afortunado, Sr. Moya, segundo Arquitecto de Palacio, y cuya modestia, tal vez exagerada, es el marco más bello de su alta valía.

Desde luego nos lisonjamos con la idea de que los lectores cultos de LA BASÍLICA TERESIANA han de ver con aplauso una sustitución, de la que resulta un aumento no escaso de belleza en la Revista.

* *

La peregrinación á los Santos Lugares. — El día 27 de este mes sale de Barcelona la cuarta peregrinación á Tierra Santa y Roma en el magnífico trasatlántico francés *Ile de France*. El orden y economía con que sabe organizar estas piadosas expediciones la Junta presidida por D. José María de Urquijo, la acertada selección del itinerario, en que, además de los Santos Lugares, se visitan incidentalmente las históricas ciudades de Atenas, Constantinopla, El Caíro, Alejandría, Nápoles, Roma y Barcelona, y las indulgencias copiosas de que las enriquece el Sumo Pontífice, hacen que de vez en vez se acrecienta el número de piadosos romeros y despierte en España con creciente intensidad el espíritu medioeval, que tantos cristianos llevaba á venerar la región santificada por nuestro adorable Redentor.

* *

Necrología. — Santamente ha muerto, como santamente había vivido, el Ilustrísimo Sr. D. José Tomás de Mazarrasa, Obispo de Filipópolis y Administrador apostólico de Ciudad-Rodrigo. Varón sólidamente virtuoso va al sepulcro, dejando en pos de sí penetrantes aromas de santidad. Su inagotable caridad, su celo ardiente, su ingeniosa llaneza, todo cautivaba en el venerable Prelado. Es uno de los rarísimos ejemplares que no deja ningún enemigo en el mundo. Su muerte ha sido un reposo de sueño. ¡Dios habrá galardonado sus preclaros méritos en el cielo!

— También ha fallecido con cristiana serenidad de espíritu y edificante piedad el Contador de fondos municipales y Director del Ateneo Salmantino, D. Manuel Durán y Araujo, padre de nuestro queridísimo amigo el Administrador de LA BASÍLICA TERESIANA, D. José Durán. Las personalidades más distinguidas de la población, como el Director de la Escuela Normal, D. Gonzalo Sanz, el canónigo D. Juan M. Bellido, el profesor de la Universidad don Luis Rodríguez Miguel y otros no menos ilustres compañeros y discípulos del finado han puesto de relieve en la prensa local las envidiables cualidades y virtudes singulares de que su alma noble se hallaba enriquecida.

No me resisto á trasladar el esbozo que uno de los más autorizados panegiristas ha publicado:

“En el fenecido D. Manuel encontramos siempre á un caballero pundonoroso, á un amigo entrañable y leal, á un ciudadano de iniciativa y de brío, á un consejero honrado y discreto, á un señor, en fin, de sangre católica que sobrellevó con resignación heroica los dolores y amarguras de la crónica enfermedad.....

No está lejos el día de la resurrección universal, y entonces le volveremos á ver sus amigos laureado en cuerpo y alma con los esplendores radiantes de la gloria, que Dios reserva para los que viven de la fe y de la justicia, terminando la existencia efímera de aquí con el hermoso cumplimiento de los preceptos divinos..”

Nuestros hacemos estos sinceros y justos encomios y nuestro también el profundo sentimiento por la amarga pérdida que aflige á nuestro buen amigo D. José.